

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 150.—1.º de Junio de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á la señorita C. A., por hilas.

JUGUETES PARA NIÑOS POBRES.

En París hay una asociación caritativa, cuyo objeto es, el que encabeza estas líneas. Los que no ven más que las necesidades fisiológicas del pobre, tendrían por un extravío de la caridad, aplicarla á procurar una cosa tan supérflua, como juguetes, á quien carece de lo necesario; los que han observado la felicidad que es para un niño un juguete, la mirada que á los del rico echa ó al verle pasar, el niño pobre; la bienaventuranza que ilumina su rostro, si por acaso tiene en su mano aquel codiciado objeto, y la amargura de sus lágrimas, cuando, por engaño ó por fuerza, le privan de él, los que han pensado si alguna vez el ódio de clase que brota en el hombre del pueblo, tuvo por primer gérmen la envidia excitada por un juguete, y el dolor de carecer de aquella dicha que otro goza; no condenarán como absurdo el propósito de proporcionar á los niños pobres esas fruslerías, que bien considerado, no lo son más que en la forma, puesto que, poseidas, producen un gran gozo, y su privación es causa de una verdadera pena. ¿Por ventura, solamente los niños dan importancia á los juguetes? No los hay también muy preciados por los hombres, distintos en la forma

de los que usan los niños, pero en el fondo tan pueriles, y más caros, tan caros ¡ay! que á veces cuestan la vida y hasta el honor.

Nosotros creemos que las diversiones, tanto del niño como del hombre, son una cosa muy seria, por el mucho bien y el mucho mal que pueden hacerle; creemos que cierta cantidad de *alegría* es tan indispensable á la buena educacion, como cierta dosis de *dolor*, y por consiguiente, aunque nuestro amor no pidiera algun goce para el niño pobre, nuestra razon pediria expansion para aquellos espíritus jóvenes, en quienes la contraccion puede ser un principio de endurecimiento. Pensando así, no podemos tildar de fútil ni de extravagante la idea de asociarse para proporcionar juguetes á los niños pobres; la miramos, al contrario, como muy excelente y razonable, y solo deseamos que se ajuste á las reglas de la prudencia, no traspasando aquellos límites, que la caridad, menos que ningun otro sentimiento, puede traspasar. ¿Cuáles son esos límites?

Hay personas que imaginan que la caridad, no siendo (á su parecer) obligatoria, tampoco tiene el deber de ser razonada, y considerándola con una libertad absoluta en sus movimientos y aplicaciones, la sobreponen á toda regla y ni aun quieren someterla á las de justicia. Esto, á poco que se reflexione, se comprende que es inadmisibile, y que la caridad, lejos de estar á merced de impulsos, que por ser buenos, no dejan de estar expuestos á ser ciegos y caprichosos, debe tener reglas severas, por lo mismo que es más hermosa, acercarse más á la perfeccion, porque es más elevada. Partiendo de esta verdad, para nosotros muy clara, mientras hay niños pobres, que no tienen alimento suficiente, ni vestido, ni calzado que los preserve del frio, ni cama regularmente limpia y cómoda, no debe gastarse dinero en comprar juguetes ni para ellos, ni para otros. Pero, no se les podrian proporcionar sin gastar dinero, ó gastando cantidades tan insignificantes, que quedasen superabundantemente compensadas con las inmensas alegrías que producirian. ¿Cómo? Veámoslo.

Los niños ricos, ó solo regularmente acomodados, tienen juguetes nuevos y viejos, enteros y rotos, unos que les divierten, otros que les *cansan*, unos con que juegan, otros de que *ya no hacen caso*. Esto último sucede, no solo con los que están rotos ó más ó menos deteriorados, sino con los que ha tiempo están en su poder. A medida que el niño tiene *más* juguetes, le *cansan más pronto*, y sin entrar hoy en analizar un hecho que va-

riando de forma, igual en la esencia, se repetirá cuando sea hombre, es cierto, que de más á menos, segun la fortuna de los padres, el mimo de los abuelos, el agasajo de parientes y personas obligadas ó que pretenden obligar, los niños tienen juguetes rotos ú olvidados, y que podrian darse á los pobres, como la ropa de *desecho*. ¡Qué tesoro, qué fuente de infantiles alegrías, para los niños pobres, en esos objetos desdeñados ya por los niños ricos! Un fragmento hallado en un muladar, produce á veces increíble gozo. Si, pues, hubiera quien recogiera los juguetes desechados y rotos, para darlos tal como están, ó componiéndolos, si costaba poco, haria una obra de caridad, llevando puras é intensas alegrías á los que tal vez no han de probar otras, segados por la muerte, ó afligidos por la desgracia.

Este medio de alegrar á los pobres, podia serlo tambien de moralizar á los ricos, cuyo egoismo no empieza á combatirse bastante pronto, y que crecen en la ignorancia de los males que no conocen, y en el error de que nada deben de todas aquellas cosas que gratuitamente reciben. Al pedirles el juguete roto, aquel que ya no les divierte, de vez en cuando podria estimularseles al sacrificio del que todavía les gusta, conmoviendo su corazon con tantas escenas propias para enternecerle, como, por ejemplo, la pintura de un pobre niño enfermo, cuya madre para ganar el sustento tiene que dejarle solito, y que recibiria tanto consuelo, si tuviera juguetes sobre su cama... Los niños que, al oír estas cosas, como se elija un momento oportuno y se les digan sintiéndolas, no tengan un movimiento bueno, son bien mal nacidos, aunque se mezcan en dorada cuna, y muy dignos de lástima sus padres, aunque queremos creer que no existirá ninguno, y que más ó menos, todos contribuirian al objeto de la asociacion para proporcionar juguetes á los niños pobres.

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 1.º de Mayo 1876.

NO ESTAMOS YA SOLOS.

Muchas veces se han lamentado los redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD de estar casi solos en la campaña que vienen sos-

teniendo hace años, sobre la urgente necesidad de reformar nuestras cárceles y presidios. Tan solo el distinguido escritor catalan, D. Pedro Armengol y Cornet, y más recientemente el infatigable y celoso Sr. Lastres, han unido sus esfuerzos poderosos á los nuestros, muy modestos para hacer ver al Gobierno y á los hombres pensadores, el estado lamentable de nuestro sistema penal.

Ahora se ha dejado oír con el mismo fin una voz poderosa y autorizada. En la sesion del Senado del 8 de Mayo, el Senador D. Manuel Silvela, ha explanado una interpelacion sobre el estado de nuestras cárceles, y especialmente la de Madrid. Sus palabras, elocuentes y conmovedoras, han sido perfectamente acogidas por el Gobierno y por el Senado. Quisiéramos disponer de espacio suficiente en las reducidas dimensiones de nuestra revista, para poder publicar íntegro ese notable discurso, que tanto contrasta con algunas discusiones estériles para el bien del país, que, por desgracia, se han visto á veces en los Cuerpos Colegisladores.

El señor Silvela, no solo ha hecho un buen discurso, sino que ha hecho una obra meritoria, propia de un digno patricio. Nosotros unimos nuestro modesto pláceme á los que indudablemente le tributarán cuantas personas se ocupan y preocupan en España de las reformas radicales y urgentes que necesita este ramo de la Administracion pública.

La descripcion del tristemente famoso *Saladero*, está hecha de mano maestra por el señor Silvela, y recuerda otra descripcion semejante de la de Sevilla, que en su tiempo hacia el insigne Cervantes. Algo repugnante ha parecido á algunos, el que de un modo tan solemne se publique el abandono de nuestras cárceles; pero nosotros creemos que, aunque esto tenga su parte sensible para el amor propio nacional, es preferible decir la verdad, aunque sea verdad dolorosa, si el decirla, puede contribuir al remedio del mal. Para el cauterio de las llagas, lo mismo las del cuerpo humano, que las del cuerpo social, lo primero que se necesita es descubrirlas bien, y que sean perfectamente conocidas.

El señor Silvela, que tan envidiable reputacion ha adquirido como jurisconsulto, como publicista y como ministro que ha sido de la Corona, no se ha limitado á una magnífica peroracion oratoria, sino que, al describir el mal, ha presentado los medios de combatirlo y de que desaparezca el repugnante y vetusto edificio de la plaza de Santa Bárbara, sustituyéndolo

un establecimiento al nivel de los adelantos modernos en materia penitenciaria. El señor Ministro de la Gobernacion ha contestado al Senador de un modo satisfactorio y cual era de esperar de su ilustrado celo: aquello, más que interpelacion y respuesta, más que ataque y defensa, han sido indicaciones entre amigos, hechas con el mejor fin y aceptadas con la mejor voluntad. Todo, pues, hace esperar que pronto venga un proyecto de ley á traducir en hechos prácticos las palabras generosas y humanitarias que se han oido en el Senado. (1)

Pobre está nuestra Hacienda; pobre está el país; empobrecidos los contribuyentes, y abrumado el Gobierno con la triste herencia que ha recibido de tiempos calamitosos y desgraciados; pero los recursos de una nacion como España, no se agotan fácilmente, cuando se buscan con inteligencia y buen deseo.

No se trata además de un coste inmenso. Una cárcel-modelo en Madrid, allegando fondos y recursos de distintas procedencias, que pueden ser aplicables á este objeto, no sería gravatoria ni imposible de realizar.

Algo parecido ocurría en Portugal hace algunos años; y aquella nacion, á pesar de ser relativamente pobre y reducida, ha vencido su mala época, ha entrado en vías de prosperidad, y está dejando atrás á nuestra desdichada pátria en la marcha de las reformas del sistema penitenciario. Muy lastimado quedaría nuestro buen nombre, si Grecia y Turquía se nos adelantasen igualmente, y quedáramos como el país último de la culta Europa en este progreso de cultura, de humanidad y de benéfica y cristiana civilizacion.

Nosotros creemos que, construida la cárcel-modelo en Madrid, estará hecho lo principal de la reforma, porque el modelo será tan atractivo y conveniente, que las provincias se apresurarán á imitarlo, y el Gobierno casi no tendrá que hacer más que dirigir ese movimiento reformador de la opinion pública. Cuando, en vez del horror que hoy causa el *Saladero*, se vea un establecimiento de reclusion sin vejaciones, de correccion, y no de malas enseñanzas, de órden severo, de condiciones higiénicas, y donde puedan estar dignamente los presuntos reos, que muchas veces son inocentes y así se les declara por los tribunales, y donde puedan entrar sin desdoro los muchos españoles

(1) En efecto, háse presentado ya al Congreso un proyecto de ley para la construccion de una cárcel, y nos prometemos seguir el curso de este asunto con la atencion que su importancia y la índole de nuestra *Revista* piden.

honrados y dignos que, por efecto de las convulsiones políticas, no están libres de tener que ir algún día á la cárcel; cuando todo esto se vea, sucederá como con el estómago acostumbrado á buenos manjares, que luego le es imposible digerir alimentos groseros, y se procura los buenos, aunque sea á costa de imponerse otras privaciones y sacrificios.

A nadie se le ocurrirá que, porque somos una nación escasa de recursos, se cierren las universidades y las escuelas, y se suprima la policía, y tengamos carabelas como las del tiempo de Colon, en vez de las modernas fragatas de hierro, y armemos nuestros soldados con fusiles de chispa, como los que figuraron en la gloriosa guerra de la Independencia, porque entonces nadie los tenia mejores. Hay necesidades que se imponen por sí solas, porque son vitales é imprescindibles.

Pues bien, de ese género es la de reformar nuestras cárceles y presidios. No es, como otras veces hemos dicho, una mejora administrativa, útil, pero no indispensable: no, es algo más, es una reforma necesaria, urgente, que afecta á la educacion del pueblo y al prestigio de la justicia; que interesa á la tranquilidad de los hombres pacíficos, y que ha de matar ese cáncer social sostenido y propagado escandalosamente desde los patios del *Saladero*.

Sin grandes caminos y paseos y monumentos y teatros y museos, puede vivir una sociedad, aunque sea con sensibles privaciones; pero no sucede lo mismo cuando los establecimientos de correccion se convierten en escuelas de verdadera corrupcion, y los presos son considerados como fieras á las que solo se necesita tener bien encerradas, mientras llega la hora de soltarlas para que hagan en la sociedad los extragos aprendidos en la cárcel.

La iniciativa está planteada: falta solo que tenga imitadores. Algunos Silvelas en el Congreso de Diputados, en el Ateneo, en las Academias, en los Ayuntamientos, en las Diputaciones provinciales y en la prensa: hé aquí lo que por ahora se necesita para que la cuestión se ilustre, se mantenga con prestigio y se imponga, como sucede con todas las grandes necesidades sociales.

Vivamente deseamos que esto suceda, y que la reforma penitenciaria sea un hecho durante el reinado del Rey D. Alfonso XII, y bajo la administracion del ilustrado Gobierno que funciona en su augusto nombre.

FAUSTO.

CUADROS DE LA GUERRA.

XXIII.

Al romper el último de Julio del año de 18... , en el portal de una humilde casa de la villa de ** , un hombre apareja una borriquilla ; los arreos son pobres y están deteriorados, pero los coloca muy esmeradamente, asegurándose de que la cincha va bien apretada y firme un estribo de cuerda que ha improvisado. Sobre la vieja albarda pone una manta de viaje, no de las más lujosas, pero decente y limpia ; deja para fuera el lado de los colores más vivos, y la estira y la afloja, y la dobla y la desdobla, hasta que está á su gusto y de una manera vistosa: luego mira la pollina con cierta complacencia, dice que parece otra, y se duele de no tener brida, ó al menos una cabezada nueva : segun todas las apariencias, la caballería se prepara para alguna persona que está acostumbrada á viajar de una manera menos humilde, lo cual nada tiene de extraño, porque en aquella comarca, teatro de la guerra, no se oye el silbato de la locomotora, ni aun los cascabeles del tiro de la diligencia ó del coche de colleras; las comunicaciones pacíficas están interrumpidas, y carros, caballos, mulos, todo está ocupado en llevar víveres y municiones y trasladar heridos.

El dueño de la pollina ayuda á subir á ella á una señora anciana, que con trabajo se coloca en el incómodo aparejo : bien se nota que no es la vez primera que cabalga, pero los años y las dolencias le han quitado agilidad, y seria de temer una caída, si cuidadosamente no se inclinara hácia delante, y si yendo tan cerca del suelo, caer no fuera simplemente quedarse en pié. El paje toma la vara, echa al hombro la blusa y pónense en marcha.

Al salir á la carretera, tienen un mal encuentro : tropa que va en la misma direccion. Observan con gusto que es la cabeza de la columna, apresuran el paso y la dejan atrás.

Han andado como una legua, y á la derecha del camino ven gente armada y lucida. Bordados, cordones, borlas y fajas, todo brillante, así como el pelo de los caballos que tienen del diestro ; parece que descansan ó esperan. Uno se separa del grupo, y adelantándose hácia los viajeros, dice :—Señora, ¿dónde va usted?—La interpelada tarda en responder, como quien

piensa que no hay derecho para hacerle la pregunta; pero luego reflexiona, sin duda, que en tiempo de guerra las cosas son más de hecho que de derecho, y responde:—Voy á ***.

El militar se retira á comunicar, sin duda, la noticia á su jefe, y á poco un hombre, á todo correr de su caballo, llega y dice:—Señora, de órden del General que se detenga usted hasta que llegue la columna, y marche con ella sin adelantarse.—Eso es absurdo, responde la anciana, voy á hacérselo presente al General.—Perderá usted el tiempo, no oye.—Y esto diciendo, volvió brida, picó espuela y marchó el portador de la órden.

—¿Qué significa esto de que no oye?—preguntó la viajera al paje.

—Parece que es algo sordo.

—Le hablaré alto; volvamos atrás.

—Tenemos que esperar; cuando *estos* dicen una cosa, no hay más remedio que hacerla, aunque sea un desatino, porque no sirven razones.

—Es que yo tengo muchas que alegar.

—No se hacen cargo de ninguna.

—Pues, cuando no se tiene para mandar, tampoco la hay para obedecer. O intentamos la revocacion de la órden, ó continuamos á pesar de ella; ¡perder aquí un tiempo que es para mí tan precioso! Vámonos. ¿Qué nos ha de hacer á nosotros el General?

El asombro se pintó en la fisonomía del paje. Atreverse á contravenir á las órdenes de un general, y en semejantes circunstancias... Aquella señora no sabia lo que se decia. No se lo manifestó así, pero categórica, aunque mesuradamente, afirmó que era preciso obedecer, que no queria comprometerse y acaso perder la pollina, y que ni él ni la bestia se moverian, ni para adelantarse á la columna, ni para reclamar contra la órden de seguirla.

Esta resolucion y esta timidez, que estaban como trocadas, eran fáciles de explicar. La mujer era una madre que iba á ver á su hijo; habia salido ileso de la reciente sangrienta batalla, y despues de tan gran peligro, ¡qué consuelo abrazarle!... y más que era remoto que pudiera volverle á ver en mucho tiempo, y quién sabe si le volveria á ver nunca, empeñado en aquella lucha horrible que hacia tantas víctimas... Por eso iba por aquellos caminos de aquella manera; por eso queria llegar pronto al pueblo donde tenia seguridad de que estaba aquel dia el que amaba tanto, y donde era probable que no estuviera al dia siguiente; por eso no la intimidaba la idea de contrave-

nir la órden del General, que estaba segura de convencerle de la razon que la asistia y á él le faltaba.

El hombre, deseoso de llegar á donde iba, como todo el que va á alguna parte, no tenia gran interés en que fuera pronto. Viviendo en el teatro de la guerra, sabia por triste esperiencia los abusos de la fuerza, y habia visto tantas veces prescindir de la razon, que le parecia completamente inútil tenerla. Además él era *contrario* á los militares, cuya órden queria obedecer á la letra; de los enemigos se espera siempre menos que se teme, y hay como una amarga complacencia en sufrir una injusticia que parece legitimar el odio.

La madre, impaciente, tiene que resignarse, primero á esperar la columna, y á ir á su paso, y un poco delante despues, haciendo alto cuando la tropa le hacia. Así anduvo dos leguas, que le parecieron bien largas.

La actividad de su pensamiento contrastaba con lo pausado de la marcha. Por aquel mismo camino, y hacia pocos dias, se retiraba un ejército despues de una sangrienta desastrosa batalla. Se veian las alturas, tierra empapada en sangre, tumbas de tantos jóvenes. Por allí pasaron centenares de heridos, y algun cadáver, de esos que no se entierran sobre la marcha ni se dejan insepultos... última distincion, ilusoria para los que son objeto de ella. Por allí iban llenos de esperanza los que volvieron desesperados, ó no volvieron... Bien se parece el camino de *** al camino de la vida.

Por no llegar triste á donde está su hijo, procura apartar el ánimo de dolorosos recuerdos; quiere distraerse, y mira el campo y observa lo que pasa á su alrededor.

Nota que la campiña no es bella; ni árboles, ni flores, ni verdes praderas, ni aguas cristalinas, ni estensos horizontes: una hondonada que se prolonga, limitada en primer término por colinas peladas, donde la vegetacion no ha resistido al sol canicular, y que no tiene ni la majestad de las inmensas llanuras y elevadas montañas, ni la gracia de los valles risueños. Como no hay árboles, no hay pájaros, y es triste el silencio y la soledad de aquellos campos. Si algun habitante se adelanta cauteloso, al oír la voz de *columna!* ó verla de lejos, se vuelve apresuradamente, más como quien huye, que como quien se retira. Los únicos moradores dichosos de aquella tierra parecen los buitres, que en gran número rodean las muchas caballerías muertas que hay á los lados del camino: al verlos tan repugnantes, tan insaciables, devorar las carnes en putrefaccion

y hacer su regalo de toda aquella podredumbre, la anciana cree ver en sus cuerpos hediondos las almas de los que encienden la guerra... Aparta los ojos de tan nauseabundo cuadro, y ve á su paje en conversacion muy cordial con un músico, que, por su uniforme, deja ver que es de los *contrarios*. Va enfermo y harto fatigado; ni puede andar sino muy despacio, ni quiere quedarse atrás, porque en cuanto pase la columna, el camino no está seguro para él. A fin de hacer su marcha menos penosa, el paisano le aligera cuanto puede, y va colgando de la pollina, primero el instrumento, despues la manta, luego el morral; y esto lo hace con un enemigo...

La mujer le mira enternecida, deplora que puedan ser instrumentos para el mal personas tan buenas, y sin decirle nada de su caritativa obra, empieza á premiarla cuanto está en su mano, saliendo de la reserva obstinada que su compañero de viaje no habia podido vencer, por más que lo habia intentado muchas veces; resignado al fin al silencio, era para él muy penoso, así es que, cuando la viajera entró en conversacion, elogiando el paso de la pollina, habló con la abundancia y el contentamiento de quien habia estado mortificado en callar, entablándose el diálogo siguiente:

—No es porque sea mia, pero animal mejor no se arrea. Sigue al paso el trote de los caballos, y se puede llevar encima un vaso lleno de agua sin verter una gota. Ahora no se la puede experimentar, pero ya verá usted á la vuelta.

—Ya ví lo mucho y bien que anda, cuando nos adelantamos á la columna; parece imposible con tan pocaalzada avanzar tanto.

—Lo que tiene de pequeña, tiene de fina. Y luego, no dá un tropezon, ni se le puede poner más tacha que ser un poco terca, cuando no la dejan salir con su idea.

—¿Cómo queremos que no tengan defectos los animales, no habiendo persona sin ellos?

—Dice usted bien. Nunca ha ido en ella nadie que no quede contento. Por aquí pasamos hace meses, y en la misma pollina y en el mismo aparejo en que usted va, llevé á una señora, que, no ofendiendo á nadie, era bien buena, y tan triste que partia el corazon.

—¿Iba muy triste?

—Una cosa es decirlo y otra verlo. Cuando me dijo: «Juan, ayúdame á subir;» no parecia sino que la sacaban de la capilla y subia en la pollina para ir á la horca.

—¿Temeraria por alguna persona muy querida?

—Y tanto. Ya sabrá usted, porque fué muy sonado, de una granada que se reventó en *** y mató á X, y á Z.

—Lo recuerdo. Fué un proyectil de esos que dicen que se *aprovechan bien*.

—Mal año para semejante provecho. Los que lo dicen habian de ver á la infeliz... Yo, ya ve usted, soy hombre, y desde que se levantaron los muchachos, hemos visto muchas cosas; pero ninguna como esta jornada, que nunca se acababa de andar, temiendo que aquella mujer se me quedase por el camino. Como decia, la granada que mató á Z. y X., hirió á N, hijo de la que yo llevaba, así, solita la pobre, lo mismo que la traigo á usted ahora. Ella sabia que la herida era muy mala, que daba poca esperanza; pero ya ve usted queria verle... era su madre...

—¿Y cuando llegó á donde estaba su hijo?...

—Habia muerto.....

—Ya siento haberle contado á usted esto, y hacerla llorar... pero me ha quedado tan fija la pena de aquella pobre señora...

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 5 de Marzo de 1876.

UN VERDADERO AMIGO DE LOS POBRES.

(Continuacion.)

V.

UNA HERENCIA INESPERADA.

Cinco años despues de los sucesos que llevamos referidos, es decir, cuando Vicente acababa de cumplir los diez y seis, el Juez de Pouy se presentó en el convento de Dax en busca de un preceptor para sus hijos.

El superior hizo llamar á Vicente de Paul, y presentándole al Juez, dijo:

—No habeis de buscar otro mejor; os seria muy difícil encon-

trarle. Yo, por mí no conozco á ninguno que se le pueda comparar.

A tan expresiva recomendacion no halló el Juez más respuesta que decir:

—Le recibo con entera confianza, y si gusta de acompañarme se lo estimaré con alma y vida. Gracias, reverendo padre.

Vicente se despidió de la Comunidad, y en seguida volvió diciendo:

—Señor Juez, estoy á vuestras órdenes...

—¿No traeis el equipaje?—preguntó el magistrado.

—No tengo más que la ropa que llevo encima, y esta la debo á la caridad de los buenos religiosos, á cuyas expensas he vivido cinco años. No era Vicente de los que se avergüenzan de ser pobres.

—En ese caso necesitareis algun dinero,—repuso el Juez entregándole una suma que á Vicente le pareció excesiva.—Os anticipo el trimestre de vuestros honorarios.

Aquella misma noche obtuvo del Juez licencia para ir á comunicar á sus padres la fausta nueva de tan honrosa colocacion.

No corria, volaba por el camino, diciendo: «¡Qué sorpresa para mis padres! ¡Qué gozo para mí el poderlos socorrer!»

—Tomad, padre,—dijo al entrar en su casa.—Ahí teneis con qué remediaros: cada tres meses recibireis otro tanto...

No intentaremos describir el gozo de los campesinos al saber que su hijo era el preceptor de los del Juez. Trabajo les costó el persuadirle de que debía quedarse por lo menos con la mitad de aquella suma.

—Hazte cargo de que necesitas vestir con decencia,—le decian.

Y él suspirando contestaba:

—¡Tenia tanto gusto en dároslo todo!!

Sin descuidar su cargo halló medios para continuar sus estudios á fin de ordenarse; y en efecto, el 20 de Diciembre de 1596, recibió la primer tonsura de mano del obispo de Tarbes. Al año siguiente se matriculó en la clase de teologia; para esto fuéle preciso renunciar su cargo y partir á Tolosa, en donde la miseria no tardó en molestarle. No pudiendo subvenir á los gastos de hospedaje, trató de aminorarlos estableciendo su residencia en un pueblo de las inmediaciones, llamado Bouest. En él abrió una escuela que no tardó en ser frecuentada por los niños del pueblo y de sus contornos. Por espacio de siete años fué á la vez discípulo y maestro.

Veintinueve años contaba cuando en 1605 recibió, por conducto de un notario de Marsella, el siguiente aviso:

«El viajero extraviado y expuesto á morir de necesidad, que recorria por el año 1588 los bosques inmediatos á Dax, y al cual un pastorcillo de Ranquines, llamado Vicente, hijo de Juan de Paul y de Beltrana Morás, dió una sopa diciendo: «*Esta es la sopa de Dios,*» instituye por su heredero universal al mencionado Vicente de Paul y Morás, y le pide sus oraciones en cambio de una herencia inesperada, que tambien se puede llamar herencia de Dios.»

Acompañaba la copia del testamento firmado por Tomás Vidal, y nota de las diligencias que debian practicarse.

Vicente partió para Marsella penetrado de la más honda gratitud. En pocos dias arregló el negocio y se dispuso á volver á Tolosa.

Un compañero de viaje le propuso ir por mar hasta Narbona, y esta fué la causa de un contratiempo que, si bien con la necesaria brevedad, referiremos en el capítulo siguiente.

VI.

EL CAUTIVERIO DE VICENTE DE PAUL, CONTADO POR ÉL MISMO.

«Me embarqué para Narbona, dicen las memorias del Santo, para llegar más pronto y ahorrar, ó mejor dicho, para no llegar nunca y perderlo todo. El viento nos fué tan favorable, que hubiéramos podido arribar en el dia, lo cual hubiera sido atravesar cincuenta leguas, si Dios no hubiera permitido que tres bergantines turcos que costeaban el golfo de Leon, para sorprender á las embarcaciones que venian de Beaucaire, en donde á la sazón se celebraba una feria que pasa por una de las más bellas de la cristiandad, no nos hubiesen dado caza, y atacado tan vivamente, que perdimos dos ó tres de los nuestros, y el resto quedó herido, incluso yo, que recibí un flechazo, que me servirá de relój toda mi vida; nos vimos precisados á rendirnos á aquellos traidores, los cuales, en el primer impulso de su rabia, dividieron en mil pedazos á nuestro piloto, por haber ahorcado á uno de sus principales, además de cuatro ó cinco forzados que les mataron los nuestros, hecho lo cual, nos encadenaron, y despues de curarnos malamente las heridas, prosiguieron su ruta cometiendo mil latrocinios, volviendo, sin embargo, la libertad á los que se rendian sin luchar, despues

que les robaban; por fin, al cabo de ocho dias, tomaron la ruta de Berbería, guarida de ladrones, sin permiso del Gran Turco, en donde apenas arribamos, nos pusieron en venta, previo un proceso verbal de nuestra captura, que dijeron habia sido hecha en un navío español, porque, sin esta mentira, nos hubiera reclamado el cónsul que el rey tiene allí para para proteger el libre comercio de los franceses.

El procedimiento que usaron para nuestra venta, fué despojarnos de todo, darnos un par de calzoncillos, un chaqueton de lienzo y un gorro: así nos pasearon por toda la poblacion de Túnez, á donde fueron expresamente á vendernos. Despnes que nos hicieron dar cinco ó seis vueltas por la ciudad, con la cadena al cuello, nos volvieron al barco, para que los mercaderes viesen quién podia comer bien y quién no, y mostrarles que nuestras heridas no eran mortales; hecho esto, nos volvieron al mercado, y allí los compradores nos examinaron lo mismo que se practica cuando se compra un buey ó un caballo, haciéndonos caminar al paso, al trote y á la carrera, levantar fardos, luchar, para ver la fuerza de cada uno, y otras mil barbaridades... Yo fuí vendido á un pescador, que se vió luego precisado á deshacerse de mí, por no tener nada más contrario que la mar y despues por el pescador á un viejecito médico y alquimista, soberano extractador de quintas esencias, hombre muy humano y tratable que, segun me dijo, habia trabajado cincuenta años en buscar la piedra filosofal, etc., etc.

Me queria mucho, se complacia en hablarme de química y despues de su ley, á la cual hacia los mayores esfuerzos por atraerme, prometiéndome grandes riquezas, y todo su saber.

Dios obró en mí, dándome una firme creencia en que me habia de librar por las oraciones que le dirigia y á la Santisima Virgen María, por cuya sola intercesion creo firmemente que fuí libertado. La esperanza, pues, y la firme creencia que tenia de volveros á ver, Señor, me hizo atento ó instruirme de los medios curativos que usaba para el mal de piedra, (ó cálculos) en lo cual le veia obrar todos los dias prodigios; me instruyó en esto, y hasta me hizo preparar los ingredientes y administrarlos. Estuve con aquel buen anciano desde Setiembre de 1605 hasta el mes de Agosto de 1606, en que fué apresado y conducido al Gran Sultan, para que trabajara para él; pero en vano porque murió de pesar en el camino, dejándome á un sobrino suyo, que me vendió á poco de morir su tio, temeroso de que Mr. de Brebe, embajador del Rey en Turquía, segun oyó decir,

venia con buenas y expresas patentes para recobrar los cautivos cristianos.

Me compró un renegado de Niza en Saboya, enemigo de naturaleza; este me llevó á su *temar*, llaman así los bienes que disfrutan como pecheros del Gran Señor, pues el pueblo nada posee, todo pertenece al Sultán: dicho temar estaba en la parte de la montaña, donde es el país extremadamente caloroso y desierto. Una de las tres mujeres que tenia, era griega, cristiana, pero cismática, otra era turca y esta sirvió de instrumento á la inmensa misericordia de Dios para librar á su marido de la apostasia y volverle al regazo de la Iglesia, librándome á mí de la esclavitud; tuvo curiosidad de saber nuestro modo de vivir, venia con frecuencia al temar en donde yo trabajaba, y un dia me mandó que cantase las alabanzas de mi Dios.

El recuerdo de *Quo modo cantabimus in terra aliena*, de los hijos de Israel, cautivos en Babilonia, me hizo entrar, con lágrimas en los ojos el salmo, *Super flumina Babiloniæ*, y despues la Salve, y otras cosas que la complacieron de un modo prodigioso. No dejó ella de contárselo por la noche á su marido, diciendo que habia hecho muy mal en apostatar de una religion que le parecia extremadamente buena, segun lo que yo le habia contado acerca de ella, y de nuestro Dios, cuyas alabanzas, cantadas por mí, le habian causado un placer tan grande, que no creia que en el paraiso de Mahoma, en el cual esperaba, se pudiese gozar del contento y la satisfaccion tan íntima que habia sentido al escucharme cantar las alabanzas de nuestro Dios. Preciso es confesar que esto es maravilloso; aquella mujer, cual otra Caipha, ó como la burra de Balaam, hizo tanto con sus discursos, que su marido me dijo al otro dia que solo aguardaba una ocasion oportuna, para que nos refugiáramos en Francia; pero que él haria de modo que dentro de muy pocos dias Dios seria loado.

Estos pocos dias duraron diez meses, que me entretuve con esta esperanza; por fin, nos salvamos en un pequeño esquife, y el dia 28 de Junio de 1607, arribamos á *Aigues Mortes*, y despues á *Avignon*, en donde el Sr. Vice-legado recibió pública y solemnemente al renegado, con lágrimas en los ojos y sollozos en el corazon, para honra de Dios, y edificacion de cuantos asistieron al acto.» (1)

(1) Carta escrita por San Vicente, á Mr. Cominet el 21 de Julio de 1607.

Poco tiempo despues de dicha ceremonia, Vicente de Paul acompañó al Vice-legado hasta Roma, en donde se unió con los embajadores de Enrique IV, cerca de S. S. el Papa Pablo V, y al poco tiempo regresó á Francia, encargado por ellos de una mision importante. Vicente llegó á París en 1609, y tuvo muchas conferencias con el rey, á quien prendaron su lealtad y penetracion.

Se hospedó muy cerca del Hospital de la Caridad, á fin de poder cuidar á los enfermos, y prodigarles los tesoros de ciencia que adquirió durante su cautiverio al lado del médico moro; en aquella época experimentó un terrible infortunio, que soportó con una paciencia ejemplar. Fué injustamente acusado de robo, y tuvo que soportar todas las consecuencias de tan terrible acusacion... La reina Margarita, queriendo hacer olvidar tamaña afrenta, le nombró su limosnero, y más tarde, habiendo resignado su beneficio Bourgoni, cura de Clichy, para entrar en la naciente congregacion del Oratorio, el Padre Beralle, designó á Vicente de Paul, para que le reemplazase.

En el poco tiempo que duró su administracion, Vicente reedificó la iglesia, sin que les costara nada á sus feligreses, y se ocupó en formar é instruir á varios jóvenes para el estado sacerdotal. Hacia fines del año 1613, dejó su curato para encargarse de la educacion de los hijos de Felipe Manuel de Gondy, conde de Joiqui, general de las galeras, cuyo hermano mayor fué duque de Retz, y el menor Arzobispo de Paris y Cardenal Prelado, que es uno de los hombres más célebres en los fastos de la Fronda.

(Se continuará.)